

ARTURO ZAMUDIO BARRIOS \*

# Rousseau recupera espacios perdidos

I

En un lugar del territorio cuyas discrepancias con el rumbo de la nación actual han sido –y serán- notorias<sup>1</sup>, una *movida* en el campo universitario puso a Rousseau, hace una década, en el centro del debate. ¿Premonitoria..? Acaso lo haya sido... Porque muy poco después, en los mismos sitios se iniciaba una crisis harto profunda cuya extensión abarcará el país todo, en el principio de la compleja etapa a la que nos abocamos. Y no estará Rousseau ausente de tales instancias, cuando en el seno de las asambleas barriales comience a plantearse, enérgicamente, la necesidad de «un Contrato Social de tipo diferente...»

El ideario del filósofo, entretanto, revista en estas latitudes antecedentes curiosos. En 1811, el paraguayo Jaime Ferrer, realista y *apostólico*, como se designaban a sí mismos los defensores de la Monarquía Absoluta, desembarca en la costa chaqueña, donde los correntinos habían instalado una Comandancia, y desde allí lanza sus tropas sobre la ciudad. Una vez caído el baluarte y dispuesto a que ningún esbozo democrático asome el perfil, ordena al Inquisidor, cuyos túneles secretos son hoy comidilla y misterio, quemar el *Contrato Social* traducido por Mariano Moreno un año antes. ¿Fue arrojado Rousseau a las llamas, como asegura alguno..? ¿...No lo fue... como afirman otros..?

Poco importa ahora el desenlace del episodio. Pero Francia, Dictador Supremo del Paraguay, querrá, al poco tiempo, construir algo nuevo sobre el territorio que gobierna con mano de hierro, mediante *albañiles* como Rousseau, Montesquieu, Diderot, Voltaire...<sup>2</sup> Para lo cual algunos símbolos vienen muy

bien, y alza al tope de la insurrección paraguaya la bandera azul, blanca y roja de la Revolución Francesa.

Demás está decir que Alberdi, cuyas *Bases...* salen de los talleres estatales mientras se discute la Constitución Nacional, dibuja su república con criterio profundamente roussoniano<sup>3</sup>. Para él, como para *Jean Jacques*, la ley no es sólo dictamen establecido por el cuerpo social, sino factor que genera el hombre que puede regirse por ella; «las leyes –escribe rotundo- constituyen el modelador de los individuos...»<sup>4</sup>, y en «Peregrinación de Luz del Día», consciente de su fracaso, ha de reconocer lacónicamente:»Cambiando las leyes escritas y dejando los hombres como estaban, antes del cambio caligráfico, se puede decir que la revolución nada ha cambiado sino de calígrafos...»<sup>5</sup> Pues...una Carta Magna con el poder creador ya pensado por Echeverría, no por roussoniana ha de surtir sus efectos.

¿No ronda el caminante ginebrino en torno de aquel redactor anónimo de *El Comercio* que fustiga, el 17 de julio de 1855, a quienes, ahora como hace seis mil años, medran con la moneda y en nombre de los que están bien para seguir explotando a los que no lo están? Porque ya sabemos que *L'Ami du Peuple* y *Babeuf* han sido puentes por donde Rousseau se allega al Socialismo Utópico, corriente de opinión que inmigrantes y periodistas franceses instalan en la prensa por todo el tiempo de duración de la Confederación Argentina<sup>6</sup>. No es de asombrarse, pues, que a dos años de la imprecación del periódico, otro, *La Opinión*, dé a luz «Correspondencia Notable», con la polémica entre Emile de Girardin, muy leído en aquellos días, y A.M. de Lourdoneix, redactor en Jefe de

*La Gaceta de Francia*, cuyas entrelineas demuestran, bastante nitidamente, la permanencia de la crítica social formulada por el legendario filósofo. Como hemos hecho otras veces con folletos inencontrables, leemos éste mediante los estralones publicados entre el N° 473 y el 489 del bisemanario.

Vale la pena detenerse un instante sobre esta planta exótica, cargada de los vientos críticos que despuntan sobre el mundo y encierran todavía en sus oleajes al trotamundos de *Las Confesiones*. Para el redactor Jefe de *La Gaceta*... el mundo es perfectible siempre y cuando pueda el poder estatal ejercer el derecho de castigar y combatir «la defectuosidad de las cosas...» Naturalmente, ya el Estado que modela a partir del consenso, propio del período crítico en la etapa de Las Luces, se ha convertido en ese algo brutal, hegeliano, que asesina obreros en las calles. Y como la «soberanía individual» no ha sido delegada, estas «cosas...» del mundo suponen que unos sean más soberanos que otros. En cambio, para Girardin, rousseauniano con nitidez, sin combatir «a los propietarios», la esclavitud permanece y hablar de libertades sin sobrentender el perjuicio de alguien, es sólo banalidad. «¿Combatir al privilegio no es dañar a los privilegiados...?—insiste, y exige un Estado, como lo había propuesto Saint Simon, en la línea del pensador ginebrino, «administrador de cosas y no poder de coerción sobre las personas». Mas, en ciertos momentos Emile de Girardin cala todavía más hondo entre las reminiscencias de Rousseau que arrastra el debate: «La civilización —puntualiza— revela siempre el nivel ascendente que marca el progreso continuo. (Y esto implica) la supresión gradual de todo lo que obsta legal y socialmente al pleno desenvolvimiento de la razón individual...»<sup>7</sup>

¿Ocurría exactamente eso? Para nada... la prédica del filósofo célebre había sido barrida por la dirección que los negocios del mundo habían impuesto al capitalismo maduro. De «artificio proveniente del conglomerado del Contrato Social...», califica José D. Bianchi, a sus propuestas, en nombre del marxismo *positivo* de fines del siglo XIX, antes de desnudar la crisis que lo habría dejado sin aire<sup>8</sup>. Y el tambaleante mundo del capital, que se acerca a horas decisivas, asocia la figura de Rousseau a su decadencia. ¿Es verdad lo que sostienen los positivistas de aquel fin de siglo, inclusive entre quienes tratan de superar sus cortedades apelando al Socialismo Científico...? Quizás no... Su sombra augusta regresará durante el seminario y los debates de la Universidad del Nordeste, exactamente cien años más tarde.

## II

La discusión que motiva estas líneas, pese a la participación de profesores y alumnos, gira alrededor de un escrito previo de Vargas Gómez, especialista en Rousseau, y las respuestas de Joaquín Meabe,<sup>9</sup> cuyas respectivas publicaciones le otorgan singular resonancia. Visiblemente, la preocupación de Vargas Gómez anidaba en esa estatua de *Glaucus* que tam-

bién él tenía delante, es decir, aquella «que —como se lee en el *Discours sur l'Inégalité*— el tiempo, el mar y las tempestades habían desfigurado tanto que se parecía menos a un Dios que a una bestia feroz...», aquella alma humana, en resumen, todavía más desdichada que cuando el ginebrino emitió su crítica. Ahora bien... el no haber podido Rousseau con ella, ¿hace que pierda validez su condena?

En otras palabras, ¿arrastra la crisis del capital la sinceridad de un filósofo que sólo busca caminos para hombres cuya desdicha provenía, como hoy, de un orden social y político en decrepitud? Porque el *artificio* roussoniano quería remediar lo que los últimos siglos habían hecho de aquellos seres, y Vargas Gómez observa sagazmente, cómo la religión resuelve al fin las contradicciones entre una libertad proclamada, producto de la cultura, y una aptitud *natural* asentada en la ley del más fuerte. Algo más que la razón era, pues, necesario para ajustar la vida de los seres al tiempo en desarrollo. La libertad —el don cultural máximo, el mayor de los atributos históricos— se volverá, de esa suerte, conquista del éxito por alguien determinado a ello por una divinidad cuyo mandato, por su parte, recibido sin mediadores, delinea individuos de *yo* autónomo y fuerte, diferentes del anterior a la etapa capitalista. Pero tales seres poco gozan de la universalidad que había querido para ellos el Renacimiento, y son más bien figurones que sobresalen de una multitud carente de lo más indispensable para su desarrollo integral humano.

Tal el mundo que enfrentó el *artificio* roussoniano del Contrato Social, procurando establecer lo contrario: una plataforma sobre la cual los hombres pudieran desarrollarse en plenitud. Mas, cada quien actúa sobre el mundo, enmarcado por él y por sus perspectivas: Rousseau tiene frente a sí uno en formación, cuyo horizonte, a menudo, aparece como lejano al hombre en existencia. De ahí que para Kant lo nuevo en esbozo se había de resumir en espectro de ideas en poder de algunos seres pensantes, y casi una entelequia o promesa, agrandada, con frecuencia, por los entusiasmos del librepensador.

En Rousseau se advierte fácilmente la presunción del instante cuyas claves encierran impensables alternativas. ¿Podemos recriminarle que lo que su interpretación y la de sus contemporáneos obtuvo, haya quedado tan distante de cuanto se creía al alcance de la mano? Sin duda, como escribiera alguna vez Garaudy, nadie puede saltar más allá de su sombra, y tampoco habría de lograrlo el autor del *Emilio*. Sin embargo, el hombre es, nos dice, y hemos de repetirlo aquí, mucho más que razón que se ve a sí misma y la vida, consecuentemente, una totalidad donde las ideas constituyen sólo una parte, aunque configuren ese motor racional que ayuda a moverla. Para Rousseau, en otros términos, cada momento histórico se manifiesta mediante un protagonista inédito cuya conducta nace en la realidad que vive, generadora de aquello que Gramsci dos siglos más tarde habría de definir como *manera espontánea de convivir con las cosas*.

A eso se refiere Rousseau al hablar de la educación del ser social por las leyes, superando la duali-

dad entre hombre y mundo que presidía los estudios de Kant acerca del *imperativo moral*. Por eso, el vicario Saboyano asevera en el *Emilio*: «existir para nosotros es sentir...» ¿Puede emocionarse ante un *vitraux* un cavernícola, cuando está claro que el hurón traído por Voltaire a la Corte del Rey Sol, era nada más que gestión crítica del filósofo de las Luces? No, indudablemente, pues siempre habrá correspondencias entre el mundo salido de nuestras manos y nosotros, sus forjadores, aunque seamos, a la manera hegeliana, en nuestro carácter de individuos, expresiones abstractas de una conciencia concreta, más allá y más acá de los medios de que nos hayamos valido en la incansable labor. Así, «el sentimiento –recalca Cassirer y lo recuerda Vargas Gómez- es tanto una simple afección de orden psíquico como una acción del alma...»<sup>10</sup>

Podrá, por lo tanto, errar Rousseau en cuanto a su percepción de lo que el mundo vivido por él contenía de perspectiva; el *obrar concreto* de los días que continúan a su peregrinar engendrarán una estatua de Glaucus apenas diferente de la que le atormentó y, de hecho, bastante más deforme. Pero todo tiempo resume en sí una instancia enteramente original, subraya Vargas Gómez, «en el que la voluntad, al decir de Hegel, se quiere a sí misma y *determina* su propia ley...»<sup>11</sup> Por ello, cada hombre es irrepetible, capaz de descubrir lo que le rodea de forma casi inaccesible para sus sucesores.

Así que con notoria certeza el ensayista correntino considera a cada uno de los *Discours*, tramos de una saga que tiende a la solución política del Contrato Social, cuya aplicación, en la mira de Rousseau, habría de convertir en realidad una idea que el Socialismo Utópico hereda. La veremos en su coetáneo Raynal, al celebrar el *estado natural* de los indígenas en las Misiones Jesuíticas; reaparecerá en el rechazo por Mandeville de la *Sociedad del Panal*. Pues... «no hay ruptura ni desvío posibles entre la naturaleza del buen salvaje y sus actos, -recalca Vargas Gómez- moralmente iguales a los de sus semejantes y libremente animados por el instinto de auto conservación y la piedad natural...»<sup>12</sup> ¿No están los pueblos originarios, hoy, en la primera línea de la lucha iberoamericana por un orden alternativo?

Hemos de decir, por tanto, que la búsqueda roussoniana repercute todavía y con inquietudes más o menos similares. ¿Cómo volver al *estado natural* previo al nacimiento de la propiedad privada y recoger, al mismo tiempo, ante un ser enriquecido por los siglos, su legado completo? No es casual, por ende, el que, en tanto la tentativa europea de un orden nuevo se desmorona y las esperanzas que alentó se refugian en el Nuevo Mundo, el nombre de Rousseau recupere protagonismo allí justamente.

Pues, en su óptica, el humano distaba de esa criatura hostil a todos pasible sólo de sujetar el garrote, como en Hobbes, tanto como de aquella otra, desvalida, que halla la buena senda por temor a Dios. No... El hombre se ama a sí mismo, no por amor propio, sino por amor a la vida y posee un costado pío, ligado a su semejante; sólo que la injusticia reinante le impide alcanzar la felicidad de unir natu-

raleza y razón. La sociedad, pues, nacida al calor de sus diferenciaciones internas, alberga las razones principales de la perversión... y de su doblez permanente. De ahí el desdén del pensador ginebrino por los desacuerdos entre ser y parecer, anticipando el tópico por excelencia del siglo XX: el de la enajenación histórica de los hombres, y su necesaria superación actual.

¿No brota también de ahí esa extraña contemporaneidad que reflota el Nordeste cuando se avizoran los relámpagos de la crisis?

### III

Con la decadencia de una *polis* tan afín a la Autocracia, aunque sin su ilustración, o el *modelo democrático* de Tocqueville vuelto estado policial muy próximo a la Alemania nazi, naturalmente la tradición roussoniana no pasa por sus mejores momentos. Porque él y su *Volonté Générale* han dado menos en la tecla que el astuto Mirabeau y, como el soberbio marsellés escribiera a un Capeto ya cegado por la Conspiración, las realizaciones de la *República* que padecemos por todas partes, hubieran sido aprobadas por Richelieu o Mazarino antes que por Marat o Babeuf. Se vería cumplido así el sino de una Revolución que sembró expectativas, aunque sin atributos suficientes para su implantación. ¿Hay algo más semejante al *Ancien Regime* que Estados Unidos, cuyos ciudadanos ningún derecho conservan y pueden ser torturados por el FBI con igual libertad que por la Inquisición durante varios siglos?

Sin embargo, este mismo esfuerzo fallido del autor del *Emilio* es lo que le ha dotado de actualidad. De ahí que no se entienda bien qué descubre Meabe en su lectura por Engels, al asegurar que ha sido sólo hegeliana, no marxista,... cuando cualquiera bien informado sabe que es marxista, precisamente por ser hegeliana. Alguna vez nos hemos ocupado del asunto con mayor extensión;<sup>13</sup> podemos, por lo tanto, ahora limitarnos a una mención relativamente fugaz.

Althusser, sin duda, con sus acrobacias en torno de las famosas categorías del pensamiento de Marx *extraídas* con fórceps de la lectura de *El Capital*, transporta a Meabe a ese *marxismo* que alguna vez se creyó limpio de toda impregnación y en el cual hemos de colegir que, si aceptamos que la piedra cae de la montaña al suelo, nos volvemos necesariamente newtonianos; hay que sacarse, por lo tanto, a ciertos pensadores de encima a cualquier costo, pensando las cosas pensadas por otros como nunca antes. Esa tarea absorbió gran parte de la vigilia del ensayista francés, y no cabría invalidar algunas de sus distinciones acerca de los conceptos de tiempo en Marx y en Hegel, más asentado en la historia concreta, obviamente, el primero. Pero alejar a Marx del humanismo por su apoyatura en la ciencia, mientras que el clásico –el humanismo del Renacimiento- carecía de tales soportes, parece tanto como su lectura de Rousseau y su consecuente *teoría del contrato que no es contrato*, pues ha pasado su hora dudosamente *dialéctica*, fuera de toda verosimilitud y ...cor-

dura....

Convengamos, empero, que algunas advertencias vienen bien a este punto respecto de las relaciones entre ambos filósofos, enredadas bastante a menudo por algunos exegetas. Muy someras... y en el marco de lo que el mismo Engels aduce en el libro que Meabe menciona: Marx capturó en Hegel tanto como en la tradición filosófica alemana en su totalidad, sin avergonzarse de las conexiones que iba creando entre su método de pensamiento y los aportes de otros. Por ejemplo, con Kant, nos cuenta Engels en el *Anti-Düring*, al vincular el pensamiento con la experiencia; o con Fichte, como observó Althusser en otro de sus aciertos, sobre todo en la etapa que desemboca en la redacción de los célebres *Manuscritos de 1844*, o con Hume, añadimos nosotros, cuando identifica como *histórico natural* el proceso que hizo al hombre lo que es...

Naturalmente, dado el lugar que el catedrático de Jena ocupa en la Filosofía contemporánea, es mucho mayor su peso sobre los estudios del autor de *El Capital*. Pues su materialismo, puntualiza Dri, uno de los teólogos de la Liberación que mejor le ha leído en los últimos tiempos, es «un materialismo de nuevo tipo, no fácil de captar...en cuanto sostiene que el origen del conocimiento es la práctica total del hombre...»<sup>14</sup> De ahí que la lectura de Hegel por Marx haya sido extremadamente compleja, y si en algunos instantes desarrolla o invierte las tesis del pensador de la *Fenomenología...*, a veces, simplemente las rescribe despojándolas de las volutas doradas de la especulación.

Más aún...siendo Rousseau, aunque naciera en Ginebra, precursor de Hegel en la concepción del «mundo de la naturaleza, de la historia y del espíritu como un proceso, es decir, en constante movimiento, transformación y desarrollo...»<sup>15</sup> la lectura marxista no podía sino coincidir con la suya. He ahí el por qué de la trascendencia que Engels asigna a su obra, por más que el Contrato Social, como esfuerzo, no haya podido liberar a los hombres de las *perversiones* de origen.

Consecuentemente, Vargas Gómez subraya que el ginebrino, al intentar su explicación del presente por el pasado, fundamento implícito del movimiento histórico, apela a recursos apenas conocidos en su tiempo. Hoy, por supuesto, sabemos mucho más sobre la antigüedad del hombre que podía saber el autor del *Emilio* cuya visión aparecía fragmentaria, acorde sobre todo a lo escrito por los griegos sobre las tribus germanas y al impacto que el heroísmo de la comunidad americana había provocado en el humanismo europeo. Montaigne, Voltaire, Bacon le habían dejado, en tal sentido, un legado muy claro.

El alcance del *Discours*, empero, en nada merece a la actual *epistemología*, convertida por eso mismo en bastante más que el historial de una ciencia. Pues... si el hombre que forja una disciplina, se modifica a sí mismo simultáneamente –crea el automóvil pero también el hombre que vive con él– innovación y receptor participan de una manera u otra del espacio de la investigación.

¿No nos conduce por ello la saga de Rousseau

a una lectura distinta de la habitual? Es lo que Vargas Gómez intenta al dar a conocer sus escritos al Seminario del Nordeste, destacando, sobre todo, un estado de ánimo en el filósofo que la contemporaneidad no puede eludir, si desea sobreponerse a la sensación de fracaso en el intento de rescatar el mundo del desastre al que parece bastante próximo. Pues...en alguna medida, es su optimismo lo que le hace aquel regañón solitario a quien acudir en horas de desconcierto. Vargas Gómez lo delinea con trazo admirado: «Si, más tarde, Rousseau trascendió la *city* en artista solitario, como dice Leo Strauss, no es menos cierto que *había buscado hacerlo en la sublimidad de la idea ética que, de triunfar algún día, haría innecesario la ciudad política y entonces ya no podría reconocerse a los hombres en la estatua de Glaucus*».<sup>16</sup>

¿Repetir que tras esa convicción han surgido las asambleas nocturnas hace poco más de un lustro, para repercutir en el grado que lo hicieran sobre Antonio Negri y el movimiento democrático *de multitudes*, indicio notorio de que la *Europa eterna* sigue estando más viva que el racismo de algunas Administraciones? Ella equivale, finalmente, a poner también al desnudo que cuanto Rousseau propuso hace dos siglos, constituye esa secreta aspiración descubierta por la Iberoamérica de hoy entre los papeles viejos de la propia historia.

*Ciudad de Vera de las Siete Corrientes,  
octubre-noviembre de 2007.*

## Notas

1.- Lo que hoy es el Nordeste argentino, fue, en el siglo XIX, la Provincia-Estado de Corrientes, cuyo enfrentamiento, primero, con Buenos Aires; luego, con el Gobierno central instalado allí, cubrió dos tercios de la centuria. Este sangriento período tuvo, por lo menos, tres ciclos: entre 1814 y 1820; entre 1839 y 1860 y, finalmente, en los alrededores del Ochenta. Partidaria, en su mayor parte, de Paraguay, la Provincia declara la guerra al Estado argentino en 1865, acto que habría de repetirse quince años más tarde, denunciando, de hecho, el ridículo artículo 151 de la constitución, que inhibe a los Estados fundadores de la República, retirar del poder delegado los atributos conferidos mediante su redacción. Lo que se comprende mejor, si recordamos que la «entidad provincial» provenía de la etapa española, y que su «rescate» soberano de 1814, la había convertido en «sudamericana», distante aún del vínculo posterior, argentino. Por supuesto, el restablecimiento del orden federal caerá a sangre y fuego sobre la Polonia sudamericana, como la llama Mantilla, más Hobbes que Rousseau, ciertamente...

2.- De boca del joven Rodríguez de Francia, según Roa Bastos en Yo, el Supremo, y transcrito por Joaquín E. Meabe: «Derecho y Filosofía Social en Rousseau», Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y Políticas-UNNE, página 55, Corrientes, 1993.

- 3.- De Alberdi y de las obras editadas en *Corrientes* en ese período, se conserva, por fortuna, un ejemplar de Bases, en poder del Instituto de Investigaciones Históricas y Culturales. De otras, como lo señalamos en «Actualidad del Pasado», Moglia, *Corrientes*, 2001, han quedado los estralones, impresos por la prensa editora con la intención, seguramente, de que el lector armara su propio libro.
- 4.- En «Estudios sobre la Constitución Argentina de 1853», Imprenta del Estado, *Corrientes*, 1854. Estralones en *La Libre Navegación De los Ríos*.
- 5.- Transcrito como el anterior en nuestra citada obra, y tomado de «Debate para un Proyecto Nacional», Año 5, julio-septiembre, Buenos Aires, 1992.
- 6.- Lo hemos tratado con mayor detalle en *Ibíd.* La Confederación Argentina, con capital en Paraná, existió entre 1854 y 1859-61, con nada más que trece Provincias, sin Buenos Aires.
- 7.- «Correspondencia Notable», en *La Opinión*, página 20, Año V, N° 475, *Corrientes*, noviembre 18 de 1857. Archivo General de la Provincia.
- 8.- Véase la segunda parte de nuestro trabajo: «Bianchi y los Positivistas» en *Anales de la Junta de Historia, Corrientes*, año 2007. La cita alude a la colección de artículos publicados por José D. Bianchi entre febrero y marzo de 1898, en el semanario *El Trabajo*, cuyo rasgo curioso consiste en haber sido escritos en réplica a lo afirmado por otro, *La Reacción*, de cuño católico, sobre el carácter bíblico del Socialismo (así, con la mayúscula de entonces). Hoy, con marxistas y cristianos en lucha por un orden alternativo, aquellas diferencias resultan bastante cómicas, sin contar con que el sacerdote que desencadenó la polémica es antepasado y homónimo del actual dirigente del Frente Social para la Victoria, principal fuerza entre las convencionales que hicieron de la actual Carta Magna correntina un tácito programa mínimo de avanzada.
- 9.- Joaquín Meabe, desconocido en el país, pese a «descubrirlo» recientemente Rozichner, es, sin embargo, conocido en el ambiente académico español por sus estudios sobre filología greco-latina, y en Paraguay por sus escritos jurídicos. Rafael Vargas Gómez, también ignorado en el país, no lo es en ciertas esferas francesas, de cuya Ecole de Hautes Etudes egresó con el título de Doctor en Sociología. Discípulo de Raymond Aron, ha escrito varios libros sobre Rousseau, y el último de ellos, «Rousseau, Pensar la Legitimidad», Dunker, Buenos Aires, 2007, da origen a nuestro comentario. En el anterior, «Jean Jacques Rousseau, Política y Cultura», Universidad Nacional del Nordeste, *Corrientes*, 1998, había estudiado minuciosamente el ámbito cultural y político en el que «el fenómeno Rousseau» habría de producirse.
- 10.- Rafael Vargas Gómez, opus. cit., pg. 96. Cita tomada de Ernst Cassirer: «Le Problème Jean Jacques Rousseau».
- 11.- *Ibíd.*, página 97.
- 12.- Rafael Vargas Gómez: «Jean-Jacques Rousseau. Política y Cultura», página 29, opus. cit..
- 13.- AZB: «Las Prisiones de Héctor P. Agosti», Tomo II, página 178 y pássim, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992.
- 14.- Rubén Dri: «La Utopía de Jesús», página 52, Biblos, Segunda Edición, Buenos Aires, 2000
- 15.- Citado por Joaquín Meabe, página 61, opus. cit.
- 16.- Rafael Vargas Gómez: «Rousseau. Pensar la Legitimidad», opus. cit., página 114. El subrayado es nuestro.